

Desencuentros

Cuentos para no encontrarse



La alfombra
David Esteban Zuluaga Mesa



© Fundación Universitaria Luis Amigó
Transversal 51A 67 B 90. Medellín, Antioquia, Colombia
Tel: (574) 448 76 66 (Ext. 9711. Departamento de Fondo Editorial)
www.funlam.edu.co - fondoeditorial@funlam.edu.co

ISBN Edición digital: 978-958-8399-96-6

Fecha de edición: 11 de septiembre de 2015

Autores: David E. Zuluaga M.
Leidy Andrea Ríos Restrepo

Corrección de estilo: Luisa Fernanda Córdoba Quintero

Ilustradora: Leidy Andrea Ríos Restrepo

Diagramación: Arbey David Zuluaga Yarce

Jefe Departamento Fondo Editorial Funlam: Carolina Orrego Moscoso

Edición: Fundación Universitaria Luis Amigó

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Financiación realizada la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Los autores son moral y legalmente responsables de la información expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor; por lo tanto, no comprometen en ningún sentido a la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Prohibida la reproducción total, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita de la Fundación Universitaria Luis Amigó.

 **La alfombra** 

 David Esteban Zuluaga Mesa 

Pequeños pompones de ramitas púrpura marcaban el paso. El señor, confundido como es costumbre, camina indignado por lo ocurrido y prefiere creer que todo es falso, ilusorio, acto de negra magia, de fuerzas malignas que desde siempre han querido importunar el despacho de los monarcas.



El corredor largo, profundo, vanagloriando con enormes cornamentas los triunfos cobardes del Rey, lo asusta; sin embargo, por el cargo que representa—primer oficial—piensa que no es digno que esto se sepa. Sigue caminando y con cada paso aumenta la tensión, mientras susurra:

Le diré lo que se merece. Es el momento del golpe, del gran golpe ¿acaso piensa que el dolor del cuerpo supera el de un espíritu separado de la felicidad? Razón tienen los magos en querer desvirtuar la credibilidad de los monarcas.

La alfombra real marcaba el paso como si fuera una marcha de guerra. De a poco se iban



desdibujando sus coloridos contornos en la mente del hasta hoy digno servidor y fiel ayudante del Rey, creando figuritas hostiles de vitales golpes y poderosas bayonetas.

Contemplad mi ejército. Fieles soldados defensores de mi soberanía ¿acaso pensáis majestad que solo existe un reino? Mirad el mío y

temedle porque pronto serás llamado por él a juicio, en el que sin piedad y respeto a tu nombre se dictará sentencia.

Estando ya todo dispuesto procede el señor a dar la orden:

¡Oh! grandiosos y sin iguales guerreros, llegó la hora del acto que nos hará libres, la hora del gran golpe. Alistad pues las armas y



pensad siempre en vencer pues el monarca poco sabe de combate cuando combate y hoy él es el objeto.

Intempestivamente los soldados se elevan por el aire, frágiles, derrotados. El señor desconcertado, mirando al suelo, dice: “magia, magia, nuevamente me has vencido”; entre tanto se dirige a él el ama de llaves mientras sacude la alfombra

para asearla: señor, disculpe, el Rey partió esta mañana ¿le gustaría visitarlo en otro momento?



Fin

Desencuentros

Cuentos para no encontrarse



La dama
Leidy Andrea Ríos Restrepo





La dama



Leidy Andrea Ríos Restrepo



Compro mi tinto y mi cigarro habituales y leo el periódico sentado en uno de los balconcitos de la calle Junín. Dice una de las noticias que hoy hará su primer viaje el Metro de Medellín. Debe ser un aparato impresionante: largo, medio pálido y sofisticado, como lo describe la nota. Supe desde joven que los trenes ciudadanos esconden en sus cortos viajes las nostalgias de muchos



pasajeros contemplativos que no quisieran bajarse en la próxima parada porque sus instantes son esquivos y sus deseos audaces pero silenciosos. Ahora, a los setenta, garbeando por Junín, esta calle efervescente y atractiva, mi memoria prefiere emigrar a los años más distantes sabiendo que le esperan pocos. Mi vida en Medellín ha sido placentera, aunque de acontecer apresurado debo

decir. Joaquín murió hace mucho, pero cuando llegué de Bogotá en 1942 me recibió con la hospitalidad de un padre.

Encontré en esta ciudad las diversiones propicias para un veinteañero, tanto los deleites que incluían licor y señoritas como, por supuesto, los imprevistos viajes en el tranvía eléctrico. Me dijo Joaquín, por aquellos tiempos, que llevaba funcionando desde el veintiuno; aunque viejo y lento, nunca perdí mi asombro, que rayaba con la excitación infantil, de viajar en ese escarabajo rojo que reptaba por las callejuelas polvorientas. Confieso que, no sin razón, sino movido por un secreto deseo,

me arrastré muchas veces a sus asientos. Fue el primer viaje que hice con Joaquín el que me obsequió el recuerdo que reviviría por muchos años en silencio como buen pasajero nostálgico y contemplativo.

Esperamos el tranvía que subía para la América, frente a la estación Medellín del Ferrocarril. La línea se había zafado, por lo cual los veinte minutos de espera se convirtieron en treinta. Por fin, me disponía a subir el primer escalón, cuando una fragancia dulce llegó hasta a mí. Me volví y vi unos blancos y suaves guantes cubriendo unas manos delicadas.

Un sombrero ancho tapaba medio rostro de la dama, y dejaba ver un bello lunar sobre sus labios. De inmediato quedé prendado y Joaquín debió empujarme hasta mi puesto, riéndose y arrebatándome los veinte pesos del pasaje para dárselos al motorista.

Ella subió después de nosotros, exquisita y elegante. Yo no podía dejar de verla. Detallé



su rostro hasta memorizarlo. Al llegar a la parada del tranvía se bajó apresurada y se perdió entre la multitud. Seguí las ondas de su vestido hasta no verlo más. Aunque mucho busqué y pregunté nunca pude hallarla otra vez.

Joaquín, viéndome sufrir profundamente y sin otra opción, me introdujo a la hija de un amigo suyo, Carmen, con

quien unos años más tarde me desposaría. No me crea el lector de ánimo impasible e indiferente ante las cuestiones del amor.

Amé a Carmen tanto como pude, al igual que a nuestros hijos, pero nunca pude desvanecer con determinación la añoranza de aquella dama.

Abrumado por la fiereza de mis emociones, me paré del asiento y salí del balconcito, dejando



mi café aún tibio. El bullicio y el comercio acelerado desvanecían de a poco la calma que recordaba de aquellos años. La

multitud aumentaba y me di cuenta de que estaba a unas pocas cuadras de la estación Parque Berrío del Metro. Recordé que el artículo decía que el recorrido estaba previsto para las once de la mañana: eran las diez menos cuarto.

Me dispuse a acortar la distancia de la estación. Al llegar, el gigante blanco, que ya asomaba, dejó oír un pitido triunfal desde el vagón del conductor. Las palmas batidas de todos los transeúntes expectantes simulaban aleteos; las mías se unieron a ellas. Bajé el rostro para descansar mi cabeza y dirigí la mirada a cualquier lugar. Cuál sería mi sorpresa cuando distinguí entre



la multitud a una mujer que llevaba un sombrero de ángulo misterioso y delicado que recordaba bien. Me acerqué esquivando a la muchedumbre hasta estar a unos cuantos metros cerca de ella. La misma esencia de jazmines llegó hasta mí como aquella vez. Un leve movimiento ascendente suyo y la prenda descubrió los agotados ojos.

Los pliegues de la vejez cubrían la piel que antaño fue tersa y firme, pero era su rostro, iera ella!.

Esperé ingenuamente a que me reconociera, pero me di cuenta de que nunca me había mirado. Me quedé estupefacto contemplándola mientras el gentío ovacionaba al gigante blanco. De pronto, dio media vuelta y caminó en dirección de la Candelaria. Quise alcanzarla, pero no tenía nada que darle, no tenía más por hacer que seguir reconstruyéndola con mis recuerdos. Di media vuelta también y caminé hasta que anocheció.

Fin